

☼☼☼☼☼ UN MINUTO EN
YUCATÁN ☼☼ BERNARDO
DÍAZ NOSTY ☼☼☼☼☼☼☼☼



☼☼☼ MÁLAGA ☼ 1999 ☼☼☼

UN MINUTO EN YUCATÁN

BERNARDO DÍAZ NOSTY

UN MINUTO EN YUCATÁN

MALAGA, 1999

*A Irving, Alejandrina, Rubí y
a todos los que con tanta
generosidad me abrieron la
ventana de Yucatán.*

Aquel lugar no figuraba en el mapa y para un extranjero estar allí era perder el paralelo y el meridiano. Aún más si cabe en el caso de Arnald, que había parado de súbito el reloj de la ciudad. Camino del sur, llegó a Valladolid con idea de pasar la noche, pero ni en el hotel de la plaza, ni en ningún otro lugar quedaba una cama. Dos autocares de gringos habían hecho escala ese día caluroso y húmedo, tan caluroso y húmedo como ayer o mañana.

– Órele, patrón, ahorita le llevo muy cerca de acá para que descase a gusto, que no se ve bien.

Arnald se dejó llevar por el hombre que acababa de encontrarse y que ya le hablaba como si le conociese de toda la vida. Con decisión, sin dar respiro al extranjero, el lugareño le arrebató las maletas y las puso sobre un asiento del triciclo de dos plazas que hacía el servicio de taxi.

-Vengo de platicar con la dueña de una pensioncita en el campo y tiene un cuarto grandote con abanico por setenta pesos. ¡Súbase ya!

Empujó a Arnald y, cuando este se sentó en el carromato, comenzó a pedalear hacia la oscuridad de las afueras de Valladolid.

El calor y la humedad apagaban el aliento en aquella carretera vacía, camino de una cama con abanico de setenta pesos. La luz tenue de la dinamo subía y bajaba su deslucido al ritmo de las pedaladas. Arnald calculó el precio del cuarto en dólares y tuvo que corregir el resultado de su primera y apresurada operación. El descanso no costaba los ochenta dólares más que razonables por una noche, sino ocho. Por un instante quiso obligar a aquel hombre que le llamaba patrón a desandar la marcha suave, apenas perceptible, envuelta por el tronar de las cigarras. “Una noche se pasa en cualquier parte”, pensó y, de paso, se resignó.

- ¡Me dijo setenta pesos...?

– ¡Eso dije, patrón! Le va a agradar. Es un lugar muy tranquilón. Estamos a llegar en diez minutos.

– Si antes no me devoran los mosquitos...

– ¡Vaya, ya le agarraron! Están necios los pendejotes. Los forasteros no pueden andar sin el aután ese. Pero no se apure, doña Alejandrina le dará la cremita cuando lleguemos.

El silbido agudo de pájaros desconocidos para Arnald destacaba sobre el fondo monótono de las cigarras. Los sonidos eran desorientadores para quien acababa de perder el motor de la ciudad, y daban un sentido de vacío y distancia, pero también de quietud, lo que, unido al fuerte calor, tenía un punto desconcertante.

– Además de mosquitos, ¿qué insectos...? dudó Arnald hasta expresar su inquietud: ¿Hay aquí alimañas...?

– Sólo los moscos, patrón. En el interior hay jaguares, pumas, culebras grandotas. Acá, puritos moscos y bichitos. Pero no hay cuidado, patrón. Donde vamos hay iguanas,

pero esas viejitas son buenotas.

– Igua... -trastabilló Arnald.

– Sí, patrón. Hay que dejarlas hacer. Con ellas no queda un mosco vivo.

El roce de la cadena holgada del triciclo producía un tintineo que acompasaba el cadencioso pedalear del taxista. Varios perros salieron al encuentro con ladridos desgarnados. Muy cerca, una luz mortecina descubría la casa de doña Alejandrina, en cuya puerta se estacionaban un par de autos.

Arnald se levantó mucho más tarde de lo que acostumbraba. La cama era cómoda y nunca había descansado tanto por menos de diez dólares. El abanico, un ventilador de techo, había movido el aire cálido de la noche, permitiendo así la evaporación del sudor y una cierta sensación de frescor. El mes de julio en Yucatán era más benigno que en años anteriores, pero la humedad superaba el noventa por ciento y, sin necesidad de hacer un solo movimiento, el cuerpo se mojaba de arriba abajo.

Faltaban cinco meses para el fin de siglo y el comienzo del milenio. Desde muy niño, Arnald cavilaba con la idea del año 2000 como si de una tierra remota se tratara, donde ya tendría más de medio camino hecho, y siempre se había preguntado si la vida le alcanzaría a ese momento un tanto mágico. La percepción del año 2000 como algo lejano no cedía con los años y sólo cuando faltaban dos o tres comenzó a sentir, más que la proximidad de la fecha, el paso abrupto y casi violento del tiempo. Muchas veces se había imaginado en ese año y, desde la duda de su existencia, se veía mayor, muy mayor. Ahora faltaban cinco meses y no se sentía mayor, pero había descubierto que el tiempo, aquel tiempo que desde el pasado casi describía una vida, se iba demasiado deprisa. Y eso que Arnald siempre se había creído dueño de su tiempo, aunque con un sentido de la efi-

cacia que no soportaba la *pérdida de tiempo*... Una avaricia que, de pronto, rompía el saco de la vida con el vértigo de lo realmente perdido.

Arnald se sentó en una de las mesas dispuestas en el cobertizo de guano que hacía las veces de porche de la casa. En otra cercana, casi petrificado, se acomodaba un tipo enjuto y pequeño, mal vestido, con un desafeitado de varios días, en cuya muñeca izquierda destacaba un imponente reloj de oro. Si hizo algún gesto, Arnald no lo percibió. Tampoco mostraban mayor animación las dos mujeres que completaban la escena, sentadas junto a otra mesa de la entrada. Probablemente, madre e hija. La primera, con unos lentes de lupa, fijó sus ojos muy ampliados por los cristales en Arnald, que intentó corresponderla con un leve saludo, pero no logró romper aquel punto inquietante de la mirada sin pestañeo. La que parecía su hija, una joven muy

bella de poco más de veinte años, la mitad de los que aparentaba la mujer de los ojos agrandados, le daba la espalda. Aquella gente tan quieta podía llevar allí horas y, si no fuera porque la noche anterior había encontrado el porche vacío, Arnald podría suponer que permanecían desde hacía varios días en aquel lugar. En realidad, pensó, nadie de los que allí estaban le interesaba. Desayunaría y luego, con urgencia, partiría para Quintana Roo.

Cuando asomó doña Alejandrina eran las once. Sonrió con la amabilidad de los pueblos, que tiene tanto de sinceridad y cariño familiar como de convencional la cortesía urbana.

- ¡Buen día, señor! Le voy a servir el desayuno. ¿Tomará café? -preguntó.

- Estupendo... Y me prepara la cuenta cuando pueda -pidió el viajero.

- No hay prisa, señor -templó la mujer.

Doña Alejandrina se retiró y pasados veinte minutos aún no había vuelto. Arnald se sorprendió más del sosiego que todo lo en-

volvía que del descuido de la mujer. Los pájaros se acercaban sin temor a las mesas, picoteaban en el suelo las migas de pan y volaban hacia los árboles cercanos que rodeaban la casa. Como en las primeras horas de la noche, las cigarras no callaban un instante en aquel día limpio y luminoso de la llanura próxima al mar Caribe. El bochorno creaba una atmósfera sedante que casi paraba el pulso. Cinco minutos de pensamiento sosegado, de quietud del alma, se convertían en un largo viaje por la mente, en un recorrido ajeno a la medida, en una pequeña vida. Del mismo modo que cinco horas podían pasar sin sentir pasar, que es mucho y es poco, algo tan difícil como el tiempo sin tiempo... La mirada apoyada en el horizonte, sin movimientos bruscos, acariciando el paisaje. Los ojos entornados para atenuar los azules y verdes intensos que la adormidera del calor quisiera convertir en amarillos y rojos.

No habían transcurrido cinco horas, ni siquiera una, cuando doña Alejandrina lle-

nó la mesa de Arnald. Un jugo de toronja, café negro, pan francés, tortillas enrolladas rellenas de carne y huevo, frutas y calma. Arnald fue dando cuenta de aquel festín que arruinaba la memoria del monótono desayuno continental de las ocho y media de la mañana. La muchacha de la mesa cercana, cuya acompañante no dejaba de mostrar sus ojos inmóviles a través de las lupas, se volvió hacia el viajero y dejó sobre su mesa *El Diario de Yucatán*, un manejo de cuadernillos grandes impresos en color.

Arnald empezó a ojear el diario. La calma invitaba a una lectura reposada, casi placentera, que se dilató hasta en el recorrido por la sección de clasificados. Fue allí, en los anuncios por palabras, donde descubrió un reclamo repintado a mano en rojo. Instintivamente, levantó la mirada hasta cruzarse con el faro de la mayor de las mujeres, que entornó los ojos y venció la mirada. La más joven se volvió hacia Arnold e hizo un gesto a la que podía ser su madre antes de que ambas se fuesen hacia un

Chevrolet de los setenta estacionado junto a un pequeño y más antiguo Volkswagen. Sin despedirse, se perdieron a escasa velocidad entre los cañaverales que tapiaban la recta larga y ancha que iba a Valladolid.

Hasta los reflejos de Arnald parecían entumecidos con la anestesia de la luz, el olor del calor húmedo y las estridencias de pájaros e insectos. Cuando el coche se perdió, volvió al diario, al cuadernillo de los pequeños reclamos, al recuadro en rojo.

- ¡Elas voltarám! -gritó el hombre desaliñado del reloj de oro-. Você não é mexicano...?

Arnald recuperó la existencia de aquel individuo que se había difuminado en la quietud de la escena.

- Tampoco usted...

Y el que hablaba portugués se calló, al tiempo que Arnald recuperaba la primera línea del reclamo resaltado por un círculo rojo. "Colección de monedas de la revolución vende Patricia. Teléfono..."

- ¡Você deve chamar-las! -volvió a gritar

el recuperado personaje-. Essas mulheres podem ajudar-lo...

- Podía haberme avisado antes y me hubiese ido con ellas... ¿Hay algún transporte a Valladolid?

- ¡Siempre que usted lo necesite! -contestó desde el interior de la casa doña Alejandra-. Se llama a Perucho y no demora en venir, aunque siempre es mejor darle el aviso de un día para otro. También puede usted hacer lo que le dice el señor Telmo... Mañana o pasado, volverán...

- Llamemos ya a Perucho, porque quiero llegar hoy mismo a Tulum.

- No es tan fácil llamar... No se vaya a creer que Perucho es Aeroméxico. Hay que dar el aviso a alguien que vaya a Valladolid y luego esperar a que llegue. Algún repartidor pasará esta tarde que le lleve gratis, si es que no puede quedarse aquí unos días. Esas mujeres vuelven antes del viernes. Cuando lo desee, pasa y las llama por teléfono...

Todos, menos las cigarras, se callaron. Y

así pasaron unas horas, hasta que de nuevo doña Alejandrina llegó al centro del cobertizo con una bandeja de comida y unas jarras grandes de cerveza.

– Señor Telmo -sonrió doña Alejandrina-, hoy está de suerte. ¡Longaniza y huevos motuleños!

Y empezó a servir a Arnald, que se precipitó sobre la jarra de cerveza y dio un sorbo largo a una mezcla de frío y picante.

– No le advertí que es picosita... -se disculpó la mujer al ver el gesto de sorpresa del extranjero-. Siempre la pongo así. Mi papá decía que era lo mejor para la sed. Se añade a la cerveza un poco de chile y limón y hielo y sal... Tenía que ver la cara que puso don Telmo el primer día...

La comida era excelente en aquel caldario abierto al día y cada bocado resultaba una provocación a la temperatura, una razón más para el derretirse del cuerpo. El sol caía en vertical fuera del cobertizo de palma, que parecía una isla entre las brasas.

Habían pasado quince horas desde que el

triciclo de Perucho dejara a Arnald en aquel lugar sin nombre, y poco más de veinticuatro desde que iniciara el viaje a Yucatán. Sin embargo, era demasiado el tiempo que separaba el asfalto turgente de la neblina cálida que cubría y hacia lejanas y casi ajenas las preocupaciones del día anterior.

– Vocé não chamou às mulheres... -repitió dos horas después Telmo, sin pedir por ello una respuesta.

Toda una sugerencia para que Arnald se preguntara qué razón podía haber en el interés de aquel tipo canijo, cuyo esqueleto marcaba en los pliegues afilados de la ropa el descarnado de sus huesos. Además del reloj de oro, en el portugués destacaba la voz. Tenía más reloj y voz que cuerpo o más bien se podía decir que aquel reloj y aquella voz no se correspondían con una figura frágil y desaseada. Le daban autoridad y hasta lo que parecía imposible: altura. Era difícil saber si estaba de paso, si era un turista, si había perdido el norte o buscaba algo allí, pero ni parecía turista ni tener per-

dido el norte. Y aún era más difícil romper la levedad pensativa del sopor, la intensidad de la calma, con una sola pregunta.

Tampoco preguntaba doña Alejandrina. En un vaso pequeño de vidrio sirvió a los dos huéspedes un trago de licor. Arnald alzó la mirada y en el esfuerzo de abrir mucho los ojos ante la mujer iba la pregunta.

– La bebida de los dioses mayas -contestó después de servir un líquido claro y denso.

El alcohol dulce se introdujo como una cosquilla de placer, que Arnald percibió como una sensación de paz. Por el piso árido del cobertizo cruzó, con un contoneo mecánico, con breves y continuados impulsos, una iguana. Arnald reconoció a la viejita buenota y sintió que pasaba ante él un trozo más de una geografía con muchos pasados tirando del tiempo, aplacando el paso del tiempo. Aunque era la primera vez que veía aquel pequeño monstruo, el anís meloso, o tantas cosas y tantas nada juntas, evitaron el espanto. La voz portuguesa callaba con el inicio de la siesta.

Pasados unos días sin que las mujeres volvieran, Arnald tomó la determinación de emprender viaje a Tulum. Casi todas las mañanas se había propuesto lo mismo y el día le vencía, le atenazaba, le dominaba con tan poco, con casi nada y casi nadie. No había llamado a las mujeres y éstas, tal vez enojadas por la descortesía, no habían vuelto. Pero no era cuestión de preguntar. Allí, en realidad, no se estaba mal o se empezaba a estar tan bien que se llegaba a olvidar como se podía sentir uno antes o en otro lugar. Recordaba de vez en cuando los textos sugerentes de la guía turística: las aguas esmeralda del Caribe, las palmeras sobre la arena blanca de las playas, las muchachas morenas con sonrisa de fotografía, bajo el estallido de la ropa de baño clara y ajustada, las bandejas de mariscos servidas por unas mujeres vestidas como Rigoberta Menchú. “Guiños publicitarios”, pensó.

Había dado algún paseo a última hora de la tarde y se había bañado en uno de los cenotes más solitarios y escondidos de la zona, ahoyado entre vegetación, con una amplia laguna subterránea, inquietantemente verde y fresca, sobre la que hacían acrobacias los murciélagos y se asomaban tímidas algunas mariposas.

Camino de la pensión, Arnald repasaba la identidad de la arboleda y de las flores y plantas que rodeaban la casa y de las que había visto fugazmente desde su llegada a México. Por momentos se quedaba perplejo con tantos rasgos comunes de escenarios mestizos. Árboles, plantas, animales cruzaron las orillas, cambiaron el paisaje en ambas orillas. Del jardín de los mayas y de los bosques de América fueron y llegaron formas y figuras. A veces es necesario preguntar a la biología y a la botánica lo que no dice la historia, ni la antropología, ni escribe la literatura. Preguntar por los rumbos que extendieron la vida, el color de las flores, el sabor de los frutos, el olor de la natu-

raleza, que es una de las formas culturales más impregnantes del mestizaje.

Pero su mayor descubrimiento al cabo de una semana -empezaba a pensar que llevaba allí media vida- fue saber lo mucho que faltaba para el fin de siglo, algo que le hizo recuperar, sin preocupación especial, el viejo temor de no llegar a una fecha para la que faltaba una semana menos pero también dieciocho semanas más...

- Você não chamou -despertó la voz algún día después.

Como otras veces, Arnald no tenía nada que contestar, pero en aquella ocasión intuyó que la vibración progresiva de un motor era del Chevrolet de las mujeres. Así fue. Estacionaron el vehículo junto al viejo Volkswagen y luego se acercaron al mismo lugar que habían dejado días atrás. Doña Alejandrina, como si supiera de su llegada, les fue llenado la mesa de frutas, tortillas,

queso y jugos. La más joven de las mujeres leía el periódico y, al cabo de un tiempo, se volvió hacia Arnald y, extendiendo el brazo, le acercó el diario. Todo igual que una semana antes, menos la fecha de la publicación. Aquél, con un punto de impaciencia, deshojó los cuadernillos y buscó el de los anuncios clasificados. Viviendas, automóviles, empleos, compras y ventas... Allí no había anuncios vergonzantes como los de la Ciudad de México, ni tampoco anotaciones, ni subrayados.

- Había pensado llamarlas -dijo Arnald con un atrevimiento inesperado-. Quería que me sacasen de aquí... ¿Es alguna de ustedes Patricia?

- ¿Patricia? -preguntó el portugués, en un espacio en el que se hablaba poco, pero en el que todos eran interlocutores autorizados- Conheze você a Patricia? Eu aguardo a Patricia para a compra de moeda antiga muito valiosa... Um dia virá...

Doña Alejandrina sonrió, dueña de algún inocente secreto.

– Ayer avisé a Perucho para que venga a buscarlo -informó la mujer-. El día que usted llegó a esta casa me dijo que mañana se regresaría a su país...

– ¡Oh, no! ¡Tan pronto! -exclamó la mujer más joven, a la vez que hacía un gesto a la mayor como diciendo “ya te lo dije”-. Todo esto es muy lindo y se va sin conocer apenas nada. ¡Tiene que volver pronto!

– Ha sido una estancia larga, muy larga. Medio mes interminable que casi me hace olvidar que tengo tierra, casa y gente...

– Tan sólo ha sido un minuto -dijo con solemnidad la mujer de los ojos agrandados-, un minuto maya... Alguna vez sabrá que ha sido un regalo de nuestros dioses...

